

Memoria e historia nacional: Cuba, 1898-1906*

Consuelo Naranjo Orovio

Identidad y nación

El término del imperio español en 1898 avivó la polémica sobre el papel desempeñado por España en Cuba y Puerto Rico, sobre su capacidad como metrópoli, la herencia hispana y el peso de las tradiciones culturales como factores que ayudarían o impedirían el progreso y la modernidad. Fueron éstos unos años en los que los intelectuales y políticos tuvieron que abordar «a toda prisa» la construcción del Estado nacional y elaborar una memoria histórica que contuviera los principios básicos e inherentes de la identidad nacional. De ello emanaron diversas historias nacionales y un conjunto de obras en las que los intelectuales antillanos recrearon una memoria histórica basada en determinados hechos, pueblos, mitos y figuras sobre la que descansaría, además de la identidad, la historia nacional. Se trataba de crear un imaginario nacional que reuniera la manera de concebirse los cubanos y el modo en el que querían ser vistos; a dicho imaginario contribuyeron los intelectuales de manera especial desde la historia y la ciencia. En sus escritos están presentes las contradicciones del tiempo en que fueron elaborados, las relaciones y lucha de clases, las tensiones raciales, las peleas por el poder, así como el peso y el lugar diferentes que las tradiciones ocupan en los discursos en función de la intencionalidad de cada autor. Estas características hacen que la identidad sea un concepto dinámico, abierto y cambiante, siendo percibidas y construidas de diferentes formas y distintas perspectivas a partir de hechos comprobables.

El inicio de la república hacía imperativa la necesidad de crear una historia nacional, una historia patria que albergase los mitos, hechos y figuras del pasado del pueblo cubano, a la vez de hacerse imprescindible el fijar las bases de la identidad de dicho pueblo a partir de aquellos elementos que la hicieran única y diferente. Una identidad y una nación específica, distinta a la española, que motivó que en determinados momentos se definiera

* Trabajo realizado dentro del Proyecto de Investigación BHA2000-1334.

como contrapuesta a ésta y a la vez a Estados Unidos, perfilándose una identidad resistente al avance anglosajón. El largo período colonial y la presión y presencia del vecino del Norte condicionaron este proceso de formación nacional en el que la nación se pensó, en distintas etapas y no sólo en los años inmediatos postbélicos, como resistencia y programa.

La nación se ideó de acuerdo a planteamientos políticos diferentes y enfrentados –la independencia y la anexión– y a partir de concepciones y cánones culturales y sociales. Las historias nacionales escritas en los años inmediatos al término de la guerra, además de reivindicar el derecho adquirido por los cubanos de tener una nación libre y soberana, tenían que justificar la lucha contra España y, algunas de ellas, la oposición a Estados Unidos. Para ello todos los intelectuales utilizaron el pasado como medio para analizar el presente y el futuro, surgiendo de esta reflexión una memoria histórica determinada, basada en hechos, figuras y mitos concretos en los que descansarían la historia nacional y su identidad. Esta identidad sin duda fue el aspecto que presentó mayores problemas en su definición, siendo muy pocos los autores que se sustrajeron al debate en torno a los orígenes y fundamentos étnicos y culturales de la nación cubana. Si en otros países la identidad como nación se buscó a través de la geografía, en Cuba la delimitación y el conocimiento de la misma les eximirán de esta tarea, centrándose la discusión en los aspectos étnicos y culturales¹.

Otro elemento importante es la reflexión y el debate que se originaron en torno a la capacidad de España como metrópoli económica, política y cultural y, por ende, la conveniencia de mantener las tradiciones heredadas o bien dar paso a nuevas formas y pautas de cultura que alejasen los vicios arraigados en la sociedad. En este proceso de repensar la historia de España y su propia historia cobró especial importancia la valoración del peso de la herencia española, herencia que se consideraba tanto desde el punto de vista cultural como biológico. La creencia en que la cultura popular se transmitía por la herencia y en gran medida dependía de los componentes

¹ Para los procesos de creación de imaginarios nacionales es imprescindible la obra de Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, FCE, 1993. Para el caso de Venezuela es imprescindible la consulta del artículo de Nikita Harwich Vallenilla, «El discurso historiográfico de Venezuela en el siglo XIX», *Revista de Indias*, núm. 202, Madrid, 1994, pp. 637-653. Un estudio abarcador sobre el papel de los hombres de letras en las definiciones modernas de la nacionalidad en el Caribe es el realizado por Arcadio Díaz Quiñones, «El enemigo último: cultura nacional y autoridad en Ramiro Guerra y Sánchez y Antonio S. Pedreira», *Op. Cit.*, núm. 7, San Juan, 1992, pp. 9-68. Ver también: Enrique Florescano, *Etnia, Estado y nación. Ensayo sobre las identidades colectivas en México*, México, Aguilar, 1998 y «Los mitos de identidad colectiva y la reconstrucción del pasado», Marcello Carmagnani, Alicia Hernández Chávez y Ruggiero Romano (coords.), *Para una historia de América II. Los nudos (I)*, México, FCE, 1999, pp. 94-131.

biológicos del pueblo español, es decir de la «raza hispana», llevó a estos pensadores a equiparar en igual medida cultura con «raza», haciendo depender de esta última el nivel de progreso y civilización o, por el contrario, de retraso y arcaísmo. Todos estos elementos hicieron que el debate sobre el pasado colonial se trasladara al momento actual y se convirtiera en uno de los ejes del debate de los intelectuales que se enfrentaban con un pasado, un futuro incierto y un Estado nacional por construir. Asimismo, en este camino, en el que se sopesaron los beneficios y perjuicios que entrañaba el mantenimiento del pasado colonial y de la herencia española o, en su caso, la ruptura, se buscaron los elementos culturales y étnicos de un pasado autóctono y se valoró en distinta medida y de forma muy desigual el mestizaje.

Esta historia que justificaba el pasado y, en ocasiones, el presente, y servía además para afianzar el futuro no sólo fue una historia gloriosa de hombres y fechas: fue también una historia que ayudó a conformar y fortalecer algunos mitos presentes en la mentalidad y en la sociedad cubanas como el mito de la unidad racial, el mito del hombre blanco y, más aún, el mito de la «raza hispana». Un mito que, por otra parte, también fue utilizado como referente permanente frente a Estados Unidos y como medio de amortiguar el cambio producido tras 1898. El mito del hombre blanco, que a menudo se equiparó a hispano o español, como el único portador de cultura y civilización, moldeó la cultura popular y caló en la sociedad cubana. Reflejo de una parte de la realidad, se fue consolidando merced a las bases que lo sustentaban como fueron la continua inmigración española, que contribuyó a que el proceso de hispanización en la isla fuera continuo, y la persistencia de una mentalidad dominante heredada del siglo XIX en la que siguió siendo manipulado el miedo al negro, esta vez convertido directamente en una posible «guerra de razas».

La «raza», utilizada desde décadas anteriores como un elemento explicativo de fenómenos sociales, culturales y políticos, ahora también era un factor esencial en el diseño y constitución de la sociedad y de la nación, de tal manera que algunos autores equipararon nación a «raza» y redujeron la nación a la existencia de una «raza». Para ellos la homogeneidad racial era la condición primordial para la existencia de una nación, era el sinónimo de ésta; de ahí los intentos por demostrar la existencia de una «raza» común, que en la mayoría de los casos partían de concepciones exclusivistas. Una «raza» común que, en estos primeros años, unos trataron de probar que era únicamente hispana, mientras que otros defendían que era cubana sin argumentar ni admitir el mestizaje de sus elementos. De este modo, desde concepciones diferentes, todos trataban de definir la cubanidad a partir de la

homogeneidad racial. En términos generales podemos decir que, en estos primeros años republicanos, la pluralidad étnica de Cuba y los diferentes aportes culturales que la isla había recibido y recibía fueron considerados por los intelectuales blancos y la élite como elementos desintegradores de la nacionalidad y de la joven nación.

A través de la cultura hispana como símbolo de la identidad nacional, los autonomistas, representantes de la ciencia y cultura criollas en el siglo XIX y detentadores del poder en estos primeros años republicanos, que siguieron siendo la elite culta y política del siglo XX, trazaron un puente entre la etapa colonial y la república sin apenas ruptura ni discontinuidad. Como resultado de ello, las historias nacionales fueron historias sólidas, integradas y sobre todo marcadas por un afán continuista². Asimismo, este proyecto que exalta la unión de la gran familia hispana y maneja la «raza latina» o «raza hispana» como el elemento que aunaba y hacía posible el reencontro de los dos mundos, contiene la defensa del pequeño agricultor, del colono blanco como bastión y núcleo de la nacionalidad cubana.

El *Diario de la Marina* se encuentra dentro del grupo que podemos denominar como hispanistas, proclamadores de la superioridad moral de la colonización española, cuyo alegato se hizo más intenso a partir de 1898 con la intervención norteamericana. En múltiples ocasiones, desde sus páginas y editoriales llamaron a la concordia y convivencia entre españoles y cubanos «miembros todos de una gran familia, la gran familia latina». Intelectuales como Mariano Aramburo y Machado y Francisco Carrera Jústiz se enrolaron en las filas de la defensa a ultranza de España, sus tradiciones y su cultura. En sus escritos, Francisco Carrera y Jústiz, permeado por las ideas del momento sobre la inferioridad y decadencia de la raza latina y dando por hecho que la unión de razas y culturas se produciría con el tiempo, llamaba la atención sobre lo que él denominada lenta y sutil «invasión» anglosajona y la «guerra de razas» –en este caso entre latinos y anglosajones–, intimando a cubanos y españoles a que mantuvieran su identidad, que él definía «proto-plasma latino», como único medio de defensa frente a la total absorción³.

Pero el aspecto más interesante de los trabajos de este autor es la representación de la sociedad cubana después de 1898, intentando salvaguardar

² Consuelo Naranjo, «Cuba, 1898: Reflexiones en torno a la continuidad y a los imaginarios nacionales», Cuadernos de Historia Contemporánea (*Dossier: 1898: España fin de siglo*), núm. 20, 1998, pp. 221-234.

³ Francisco Carrera y Jústiz, El municipio y la cuestión de razas, *La Habana, Librería e Imprenta «La Moderna Poesía», 1904.*

la continuidad de la cultura y de la sociedad, para lo cual recurre a identificar cualquier elemento cubano como español. Ello le lleva a negar la existencia de cualquier manifestación autóctona en la isla y a valorar al cubano como una «rama del viejo tronco español pero nutrido de su savia más característica, la romana». En la evaluación sobre los componentes étnicos y culturales del pueblo cubano omitía cualquier mención a otros elementos que no fueran los hispanos, por lo que el cubano era idéntico al español, «el español más puro de América –y agregaba– no menos español que los de España». En su opinión el cubano era un pueblo más de España, similar al gallego o al catalán, sin que se pudiera hablar de un tipo étnico cubano diferente. En su construcción, al negar la existencia de una identidad cubana, tiene también que negar la de una historia propia. La defensa de una historia común y única de Cuba y España legitimaría en gran medida la pretendida unidad étnica y cultural, que por una parte contribuiría a la continuidad en la república y por otra reforzaría la identidad de la sociedad frente a la penetración norteamericana. La imagen de la Cuba hispana la llevaba a tal extremo que llegaba a identificar cubanos con españoles y a afirmar que en Cuba sólo había españoles⁴. Para garantizar la continuidad y el éxito del proyecto, Carrera Jústiz, como otros intelectuales, abogaba por el incremento de la inmigración española, cuyas remesas mantendrían y robustecerían la cultura hispana⁵.

Por otra parte, aunque sea de forma muy rápida, es necesario mencionar también a los otros intelectuales que dudaron de la capacidad del pueblo cubano para gobernarse, justificando con ello la intervención de Estados Unidos. Este grupo sostenía que la mezcla racial y la colonización española habían impreso un retraso insuperable en la cultura cubana, cuya única salvación era la anexión al país del Norte. Joaquín Aramburu, Francisco Figueras o José Ignacio Rodríguez eran cabezas visibles de esta ideología, para quienes la clave del progreso y desarrollo de la isla se hallaba en la

⁴ Francisco Carrera Jústiz, *El municipio y los extranjeros. Los españoles en Cuba*, La Habana, Librería e Imprenta «La Moderna Poesía», 1904.

⁵ *La presencia española en Cuba en los siglos XIX y XX ha sido objeto de muchos y diferentes estudios en los últimos años. Algunos trabajos historiográficos que recogen esta vasta producción son los de Elena Hernández Sandoica, «La historiografía reciente acerca de los españoles en Cuba (siglo XIX): comercio, emigración, negocios y finanzas», Historia y Sociedad, San Juan, núm. 9, 1997, pp. 149-170; Antonio Santamaría y Consuelo Naranjo, «El 98 en América. Últimos resultados y tendencias recientes de la investigación», Revista de Indias, núm. 215 (enero-abril), Madrid, 1999, pp. 203-274; C. Naranjo y A. Santamaría, «Historia e historiografía de la migración española a las Antillas hispanas (siglos XIX y XX): los casos de Cuba y Puerto Rico», Migraciones & Exilios, núm. 1, Madrid, 2000.*